

La página viva Del libro de Sherezada

José de la Colina

El Genio cautivo contó al pescador que lo había liberado de su prisión milenaria en la vasija de cobre:

—Soy uno de los Genios que nos rebelamos contra Salomón, hijo de David, quien nos derrotó y ordenó que acatáramos las leyes de Dios y las leyes suyas. Fui de los que se rehusaron y él me castigó encerrándome en ese recipiente de cobre, le puso un tapón de plomo con el sello de El Muy Alto y ordenó a sus geniecillos que me arrojaran mar adentro. Entonces me dije: Llenaré de riquezas al hombre que me libere. Pero pasaron cien años y nadie me liberaba. Y me dije: A quien me dé la libertad, le revelaré todos los secretos del arte mágica. Pero pasaron quinientos años y aún me hallaba en el fondo del mar. Y me dije: A quien me dé la libertad, yo le cumpliré sus tres mayores deseos, sean los que sean. Pero pasaron mil años y nadie llegaba a liberarme. Entonces, ya desesperado, juré por el nombre del Altísimo: A quien venga a darme libertad, yo lo mataré por haber tardado tanto... Así que, oh tú, mi liberador, dime de qué manera prefieres morir.

De la tercera de *Las mil y una noches*, según diversas traducciones y versiones.

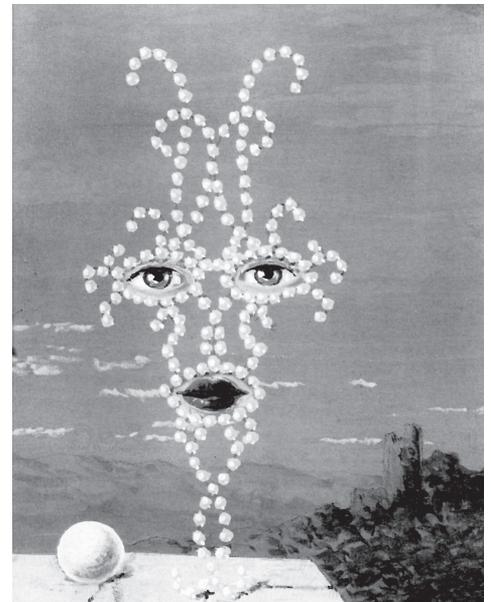
* * *

Las mil y una noches, el relato de relatos que parece venir del infinito e ir al infinito extendiendo vastos horizontes de ciudades pululantes y desiertos solitariamente cruzados por hombres y mujeres de todos los rangos y todas las edades y profesiones, por magos y monstruos y genios y hembras tentadoras, merecería que se le titulara (o si quiera que se le subtitulara) *El libro de Sherezada*, por ser ésta la narratriz global a la

que concurren las voces relatoras, el personaje del que innumerablemente nacen personajes.

La grande narración de narraciones había pasado a través de incontables años y miles de bocas sin nombre: las de los populares narradores profesionales de Constantinopla, de Bagdad, de Esmirna, y otras ciudades, que la habrían vertido en los maravillados oídos de Antoine Galland (1646-1715), un diplomático menor, un erudito en tradiciones orientales y un escritor infatigable, que fue el primero (aun antes que los escritores árabes) en publicar en libro ese enorme cuentario, convirtiéndose así en uno de los precursores en Europa de la moda orientalista y de un movimiento no exclusivamente literario que cien años después se impondría en el mundo occidental: el Romanticismo.

En el primer capítulo del libro primero, el sultán Shariar descubre que su primera esposa lo hace cornudo con un sirviente palaciego y mata a ambos de un modo que, precisamente porque ocurre en la sencilla y pacata escritura de Galland, resulta atroz: “El desdichado príncipe tomó su alfanje, se acercó al lecho y de un solo tajo hizo pasar a los amantes del sueño a la muerte. Luego, tomando a uno tras otro, los tiró por la ventana al foso que rodeaba al palacio”. A partir de entonces, Shariar, para vengarse del género femenino, desposa diariamente a una flamante esposa, la desvirga y ordena degollarla al día siguiente. Esa rutina se altera cuando se casa con la hija del Gran Visir, Sherezada, la cual, joven casta y prudente pero rica en ingenio, belleza y temple de ánimo, decide salvarse ella y además terminar con la masacre de las muchachas. Durante mil noches irá contándole al uxoricida serial un cuento que deja a la mitad



René Magritte, *Sherezada*, 1947

en la siguiente noche, en la que contará la otra mitad e iniciará otro relato para concluirlo en la próxima... y así sucesivamente, hasta que en la noche mil una salva la vida y gana el duradero favor del sultán.

Sherezada es la menos gratuita de los cuentistas: para ella, que estaba destinada al degüello, contar cuentos entreteniéndolo al sultán es (en sentido estricto) un asunto de vital necesidad. Así, además de ser una narradora genial y una brava heroína redentora del pueblo (pues se propone “acabar con la barbarie que el sultán ejerce sobre las familias de esta ciudad”), resulta la madre emblemática de los narradores, la precursora de las novelas por entregas, de las películas de episodios, de las telenovelas seriales, del *suspense* hitchcockiano y de la militancia feminista.

Por lo demás, pocos relatos breves (minirrelatos, suele decirse hoy) implican tan vertiginosas enormidades de tiempo como el testimonio del Genio surgido de vasija sellada. ■